

## Cinco

**D**irás que mi oficio de prestidigitador literario se logra básicamente con dos elementos: estilo e influencias. Que basta con abordar un estilo y tener las influencias necesarias para infiltrar el texto en el mundo editorial que le dará pedigrí. Te equivocas. En realidad se trata de traicionar tales recursos. Para que un cuento logre ser atribuido a un autor es preciso traicionar notablemente el estilo de tal autor, pues sólo así resultará verosímil. La experiencia me demostró que incluso en menesteres literarios debemos traicionarnos a nosotros mismos para seguir adelante. También el mundo editorial pide ser traicionado y engañado. Basta con dejar un manuscrito en un cajón para que quien lo encuentre lo lea como el texto de alguien con prestigio: parece como un mensaje embotellado a la deriva pero es, más bien, una bola de nieve que no para de crecer. ¿Por qué estoy tan seguro? Porque me ha pasado. La historia que a continuación leerás la escribí en Zitácuaro hacia 1943 y, sin firmarla, la olvidé en un cuarto de hotel. Muchos años después, en 1979, me la encontré publicada en la revista *El Cuento* y firmada por Francisco Peláez Vega, ver-

dadero nombre de Francisco Tario. No sólo era un equívoco, sino uno que definitivamente no cometió Tario, pues para el año de su publicación, él ya había fallecido.

Nunca pude demostrar mi autoría. Por aquel entonces mandé una larga y contrariada carta al director de la revista, Edmundo Valadés, que amablemente me respondió y me relató cómo “una extraña mujer de cabellos largos y lacios me entregó el envejecido manuscrito, diciendo que si lo publicaba haría justicia a un gran escritor, para luego marcharse abruptamente”. A mí no dejaba de resultarme enigmático por qué razón ella, al encontrar el texto, lo guardó tantos años y lo atribuyó sin dudar al exuberante autor de cabeza rapada quien, hasta donde sé, había vivido en Acapulco para emigrar finalmente a España, donde falleció. Ahora muchos de sus lectores me dicen que Tario es un autor único e irrepetible por lo extraño de su escritura pero ¿quiere que le diga un secreto? Los autores que calificamos de raros sólo han sabido nutrirse de influencias intrincadas que el tiempo ocultó con su característica injusticia: lea usted al olvidado Superville y verá que Tario no es tan raro y oscuro como lo pintan. Lea a Superville y los amará a ambos, pero con mayor conocimiento de causa. El cuento atribuido a Tario —es decir, el mío— es el siguiente.